

YAWAR FIESTA: UNA LECTURA ANTROPOLOGICA

Rodrigo Montoya

No es éste un texto de crítica literaria. Es una lectura antropológico-sociológica de la primera novela del narrador mayor de las letras peruanas: José María Arguedas.

En los últimos tiempos, una buena parte de los que aspiran a ser científicos sociales se han encerrado en esquemas estructurales con el bien intencionado propósito de poder descubrir los mecanismos profundos de la vida social. El precio que se paga por realizar esta buena intención es demasiado alto: el olvido de la vida cotidiana de los hombres. Un clásico de la antropología, Bronislaw Malinowsky, en 1922, constató este olvido y reclamó el rescate de la "carne", "sangre", sentimientos y pequeñas emociones que dan vida y sentido a los esqueletos estructurales. Pese a todo lo que se ha avanzado en las disciplinas humanas, sigo creyendo que el conocimiento que resulta de la vida misma es, seguramente, el menos imperfecto, el más cabal. Con la moda última del agrarismo en las disciplinas humanas, los campesinos de América Latina, por ejemplo, son reducidos a cifras de fríos y complicados cuadros estadísticos. Su vida cotidiana, por esa vía, resulta inalcanzable. Un fresco de la vida social, con sus hombres en solidaridad y lucha, sigue siendo aún patrimonio casi exclusivo de algunos narradores.

Para el antropólogo o sociólogo, las novelas son testimonios de una época. Más allá de su valor estrictamente literario, los relatos pueden ser fuentes preciosas para comprender la vida social de los hombres. La "creación" literaria, entendida como simple invención de la realidad, parece ser un obstáculo difícil de superar cuando se usa la novela como fuente de conocimiento; no lo es tanto, sin embargo, si logramos precisar con seriedad los límites entre lo real contado y lo que el narrador imagina y agrega para asegurar la unidad y belleza de su relato.

José María Arguedas ha sido un hombre cuya biografía marcó profundamente sus relatos. Gran parte de sus personajes, sobre todo en *Agua, Amor mundo*,

Yawar Fiesta y *Los ríos profundos*, existieron en la realidad. En mi trabajo de campo en la región de Puquio y San Juan de Lucanas, en 1975, tuve ocasión de verificar la autenticidad de muchas de sus historias y personajes. Don Julio César Peñafiel, hijo natural del gran hacendado dueño de la hacienda Viseca, amigo y compañero de infortunio en la infancia de Arguedas, sin haber leído ninguno de sus libros, me contó varias de las historias recogidas en *Agua y Amor mundo*. En el caso preciso de *Yawar Fiesta*, no fue difícil saber quiénes eran los personajes. A don Nicasio Arangoitia, hacendado, ganadero, comerciante y diputado, le alteró el apellido para llamarlo Julián Arangüena. Escobarcha, el estudiante rebelde, era el mismo Jesús Escobar, con quien tuve ocasión de conversar muchas veces. Sus personajes indios eran todos reales: la condición de antropólogo de Arguedas abona directamente este respeto por la realidad.

Conviene recordar aquí la propia confesión de Arguedas sobre sus razones para escribir:

Yo comencé a escribir cuando leí las primeras narraciones sobre los indios, los describían de una forma tan falsa escritores a quienes yo respeto, de quienes he recibido lecciones, como López Albújar, como Ventura García Calderón. López Albújar conocía a los indios desde su despacho de Juez en asuntos penales y el Sr. Ventura García Calderón no sé cómo había oído hablar de ellos... En esos relatos estaba tan desfigurado el indio y tan meloso y tonto el paisaje o tan extraño que dije: "No, yo lo tengo que escribir tal cual es, porque yo lo he gozado, yo lo he sufrido; y escribí esos primeros relatos que se publicaron en el pequeño libro que se llama *Agua*".(1).

Testimonios de una época, las novelas le sirven a los estudiosos de la realidad social como fuente de conocimiento, pero también como fuente de hallazgos que pueden servirnos para orientar nuestros trabajos, para abrirnos los ojos sobre temas, problemas y relaciones que tienen que ver directamente con la estructura profunda de la sociedad. El novelista intuye las tensiones sociales e imagina situaciones límite para sugerir uno o varios modos de solución de esas tensiones. Descubre, igualmente, la importancia de los individuos que encarnan fuerzas sociales y les da vida en la novela. Demetrio Rendón Willca, el personaje extraordinario de *Todas las sangres*, surgió a partir de un caso real, el obrero De la Cruz, en las minas de San Juan de Lucanas. Su condición de obrero y rebelde quechua dieron a Arguedas los elementos necesarios para crear el personaje y llevarlo hasta la situación límite de ser el portavoz de una gran transformación por venir.

Fue leyendo, y también oyendo, a Arguedas que descubrí una pista para mis investigaciones. Desde 1968 trato de responder a una pregunta global sobre el Perú: ¿cuáles han sido y son las modalidades históricas de articulación entre el capitalismo y el no-capitalismo en el Perú? Tocar la historicidad y la globalidad de los fenómenos sociales es, probablemente, el único camino para no caer en el

1. *Primer Encuentro de Narradores Peruanos*, Lima, Casa de la Cultura del Perú, 1969, pp. 40-41.

economismo, el historicismo (historia igual pasado) y el coyunturalismo, tres de los graves errores de las disciplinas humanas. El puente entre la economía, la historia y la antropología para responder a esa pregunta global, pasa inevitablemente por la literatura en el Perú, y particularmente por la obra total de José María Arguedas. Las simples cifras de un cuadro estadístico nos dicen muy poco, y a veces nada, sobre el universo simbólico en el cual transcurre la vida cotidiana de los hombres. Es en la precaria y mínima unidad de lo cotidiano donde es posible pensar la totalidad social. Una simple suma de partes ofrecidas por los super-especialistas no podrá ser nunca igual a la totalidad social.

En la novela *Yawar Fiesta*, Arguedas imagina una situación límite para poner a prueba la formal adhesión de los terratenientes a la tarea "civilizadora" del Estado-Gobierno. Lima y una región de los Andes del Sur aparecen así profundamente ligadas, más allá de todo simplismo dualista. Lima era y es el eje de una articulación social múltiple: económica, política y cultural-ideológica. Esta evidencia fundamental está implícita en la novela, escondida como telón de fondo de las múltiples escenas y personajes. Por eso, una lectura antropológico-sociológica de la novela, es posible a partir de ese telón de fondo escondido de múltiples y dispersas alusiones.

Sin esta lectura atenta de Arguedas y sin una reflexión inspirada en su visión global, no me hubiera sido posible escribir el capítulo sobre la articulación cultural ideológica en un eje regional del Perú(2). Es preciso señalar también que la importancia de Arguedas fue decisiva para escribir, antes, un libro colectivo sobre la producción parcelaria y el universo ideológico en Puquio(3).

Yawar Fiesta: historia narrada y contexto.

En mayo de 1910, el Alcalde provincial de Lucanas, Puquio, escribió al Gobernador del distrito de San Juan de Lucanas:

En respuesta a vuestra carta de hoy día debo decirle que esta Municipalidad no puede darles el permiso para la corrida de toros que ustedes piden. Estas corridas están prohibidas por el gobierno cuando no hay toreros de profesión. Esta Municipalidad no puede asumir una responsabilidad en el caso en el que pueda ocurrir una desgracia. Atentamente.
Luis Fernando Montoya.
(Consejo Provincial de Lucanas, Libro de Oficios, 1910, página 51).

El gobierno decidió eliminar el "turupukllay" considerado como una "costumbre salvaje"(4). Como parte de su tarea supuestamente "civilizadora" ordenó

2. *Capitalismo y no Capitalismo en el Perú*, Lima, Mosca Azul, 1980.

3. Con Felipe Lindoso y María José Silveira: *Producción parcelaria y universo ideológico: el caso de Puquio*, Lima, Mosca Azul, 1978.

4. El *Turupukllay*, o juego de los toros, se celebra en la capital de la provincia todos los 28 de Julio, día pacional del Perú. Se celebra aún ahora en numerosos pueblos pequeños de los Andes peruanos. Se le llamaba y se le llama aún *Yawar Fiesta*, fiesta de la sangre, porque en cada corrida muchos "toreros" indios y aun mestizos morían o resultaban heridos.

que sólo se autorizaran las corridas con toreros profesionales. Sustituir a los toreros indios por nuevos toreros limeños o españoles planteaba el problema de enfrentamiento cultural de dos tradiciones: una, occidental recreada en los Andes: el "juego" de los toros como costumbre convertida en india y otra: la occidental-moderna. La corrida como "juego colectivo" de adolescentes y hombres jóvenes debía ceder su lugar a la "corrida show" del matador profesional y los espectadores pasivos. La historia de este enfrentamiento en una situación límite imaginada por Arguedas es el eje sobre el que gira toda la novela.

El Subprefecto, representante directo del Presidente de la República, en la provincia de Lucanas, autoriza una corrida profesional solicitando a los migrantes de la provincia en Lima, la contratación de un torero. Su discurso se levanta sobre tres pilares: el respeto a la ley, su convencimiento sobre el salvajismo de los indios, y su vocación redentora y civilizadora. Los *vecinos* o principales de la provincia, (terratenientes, ganaderos, comerciantes con mayor o menor fortuna), encabezados por el Alcalde provincial ofrecen generosamente su concurso para apoyar la misión civilizadora del gobierno, encarnada en el "valiente" Subprefecto.

Los comuneros de los ayllus de K'ayau y Pichk'achuri, informados de la nueva prohibición decidieron realizar su misma "corrida-juego" de siempre. Eran serenamente conscientes que a un torero "extranjero" debían oponerle un toro muy bravo y muy grande. Sus autoridades, (los "Alcaldes Vara") rogaron a don Julián Arangüena, el gran terrateniente-ganadero, comerciante y diputado, señor gamonal regional, su autorización para que el cabildo fuera a las punas de K'oñani a enlazar al Misitu. El Misitu era el toro mítico y mágico que nadie hasta entonces había podido enlazar y atrapar. Don Julián aceptó ceder su toro convencido que los indios no podrían atraparlo, pero convencido también que sólo el Misitu podría impedir el éxito del torero español y, por eso, asegurar la continuidad del juego indio de los toros. Con la protección del Auqui K'arhuarazo, dios montaña, gran nevado, protector de todos los hombres de la provincia de Lucanas, los jóvenes del cabildo de K'ayau enlazaron al toro y lo llevaron a Puquio, para que "juegue" el 28 de julio.

Don Pancho Jiménez, comerciante no-terrateniente, mestizo "chalo", ni indio ni vecino principal, era consciente de la hipocresía de los vecinos. Por haber crecido con los indios y por el desprecio de los grandes terratenientes, estaba más cerca de los indios. Los explotaba y los amaba y era por eso un don Bruno más en la obra de Arguedas(5). El se puso de lado de los indios porque reconocía francamente que la corrida sin toreros indios dejaría de ser ese hermoso juego que tanto le gustaba. Apostó a la fuerza de los indios para atrapar al Misitu y le ganó al gran don Julián Arangüena dos docenas de cerveza. Sabía muy bien que los indios eran capaces de hacerlo.

Los migrantes en Lima (estudiantes, empleados y obreros) optaron por apo-

5. Don Bruno, es el personaje de la novela *Todas las sangres*, el "buen" hacendado, el "buen" patrón capaz de amar, despreciar y explotar a sus indios.

yar abiertamente al gobierno, respaldar al Subprefecto y contratar a Ibarito el torero español. Los animaba un paternalista espíritu de "protección" a los indios, un odio por los terratenientes y también un deseo de "civilizar" a los indios. Vacilaron cuando vieron que los jóvenes indios llevaban orgullosos al Misitu. Pidieron jalar también ellos al gran toro mítico y reafirmaron su identificación con los indios. Pero esperaban que el gran torero español con una brillante faena convenciera a los indios de la bondad de la nueva corrida profesional.

Ibarito fracasó. El Misitu buscaba su cuerpo. Impotente tuvo que refugiarse en el burladero. Ante ese fracaso quedaban los toreros indios. El propio Alcalde de la provincia gritó y exigió que éstos entraran:

¿Ve usted señor Subprefecto? Estas son nuestras corridas.
¡El yawar punchay verdadero! (el día de la sangre), le decía el Alcalde al oído de la autoridad(6).
Con esta frase, termina la novela.

Conviene precisar que la muerte del toro por el estallido de un cartucho de dinamita lanzado por un torero indio, es una pura y simple ficción. Nunca, en ninguna parte de los Andes peruanos, existió esa costumbre. Arguedas la inventó como un símbolo para expresar, probablemente, la revancha india contra la dominación española, aunque con demasiada facilidad se afirma que el castigo que sufre el toro por el cóndor que le es atado en el dorso, como versión diferente del yawar fiesta en muchos pueblos de los andes, representa la venganza india frente a la dominación española. Es probable que por lo menos parte de esta idea sea cierta, pero es importante no olvidar que los toros constituyen un bien precioso de importancia productiva y económica para todos los campesinos indios. Por eso es posible explicar la ceremonia del "туру-velay", (el velatorio del toro) como despedida dolorosa y sentida a los animales que "jugarán" en la plaza al día siguiente, que morirán en las corridas profesionales o en los camales de las grandes ciudades.

Yawar Fiesta fue la primera novela y el segundo libro publicado por Arguedas, (1941) después de sus relatos reunidos en *Agua*, (1935). Escribir esos relatos supuso el enorme esfuerzo de buscar y encontrar un modo de decir en español lo que los indios piensan en quechua. Como explicó algunos años después, se vio obligado a recrear el lenguaje. En los cuentos de *Agua*, Arguedas mostró el enfrentamiento cotidiano de campesinos indios y señores terratenientes:

..Porque los relatos de *Agua* contienen la vida de una aldea andina del Perú en que los personajes de las facciones tradicionales se reducen, muestran y enfrentan nítidamente. Allí no viven sino dos clases de gentes que representan dos mundos irreductibles, implacables y esencialmente distintos: el terrateniente convencido hasta la médula, por la acción de los siglos, de su superioridad humana sobre los indios; y los in-

6. Todas las citas de *Yawar Fiesta* remiten a la edición de Universitaria, Santiago, 1968.

dios, que han conservado con más ahínco la unidad de su cultura por el mismo hecho de estar sometidos y enfrentados a una tan fanática y bárbara fuerza,(7)

Como Arguedas vivió ese mundo, sintió el enfrentamiento y el desprecio y escribió con odio:

Agua sí fue escrito con odio, con el arrebato de un odio puro; aquel que brota de los amores universales, allí en las regiones del mundo donde existen dos bandos enfrentados con implacable crueldad, uno que esquilma y otro que sangra, (p. 13)

En *Yawar Fiesta*, Arguedas narra una historia que ocurre en una ciudad capital de provincia, un universo más complejo y difícil:

Una bien amada desventura hizo que mi niñez y parte de mi adolescencia transcurrieran entre los indios lucanas; ellos son la gente que más amo y comprendo. Pero quien se tome el trabajo de leer *Yawar Fiesta* y conozca a don Julián Arangüena y al Sargento de la Guardia Civil que aparecen en esta novela verá que he narrado la vida de todos los personajes de un "pueblo grande" de la sierra peruana, con pureza de conciencia, con el corazón limpio, hasta donde es posible que esté limpio el corazón humano, (p. 13)

En la capital de la provincia, además de terratenientes y campesinos (Mistis e indios en la percepción étnica del problema de clase) viven las autoridades del Estado (Subprefecto, Jueces, suboficiales), los comerciantes, algunos maestros y empleados. Es en la capital de la provincia donde se concentra la lucha entre grupos de interés al interior de la misma clase dominante por el control del poder local y regional, en estrecha y directa alianza con el poder central-nacional de Lima.

Puquio es un pueblo relativamente tardío, cuya historia no debe ir más allá de la segunda mitad del siglo XVIII. Los cuatro ayllus, (comunidades campesinas, después) sí tienen una larga historia, anterior a la invasión española. Los recursos mineros existentes cerca de Puquio explican el nacimiento del pequeño pueblo. Familias de blancos, descendientes directos de españoles se asentaron ahí. La existencia de tierras bajas con buena disponibilidad de agua facilitó la actividad agropecuaria paralela a la explotación minera y al comercio incipiente. Puquio era entonces un "pueblo de indios" con un centro poblado pequeño y una periferia india bastante grande. La tardía llegada de "vecinos" mineros explica por qué las comunidades pudieron conservar una buena parte de sus tierras de riego y pastos y por qué hasta la segunda mitad del siglo XIX no habían haciendas o grandes latifundios.

Con el dominio inglés de la economía y sociedad peruana, luego de la inde-

7. José María Arguedas: "la novela y el problema literario en el Perú", aparece como prólogo a la ed. de *Yawar Fiesta* que citamos. Originalmente apareció en 1950.

pendencia política formal de España, se instalaron en Puquio numerosos migrantes italianos, europeos, norteamericanos. Eran hombres blancos buscadores de fortuna, mercaderes ávidos de abrir tiendas comerciales. Por alianzas matrimoniales con señoritas "vecinas" tuvieron inmediato acceso a la tierra y el ganado, pero su interés principal era la actividad comercial. Para hacer engordar con alfalfa el ganado que compraban, algunos de ellos formaron pequeñas haciendas, como la de Viseca, donde vivió Arguedas, montada sólo en 1894 por un migrante ecuatoriano. Muy rápidamente, entre 1885 y 1920, una generación de ganaderos y comerciantes se convirtió en una clase de señores de la tierra y burgueses comerciales, al mismo tiempo. Esos fueron los propietarios que Arguedas conoció y sufrió:

Casi de repente solicitaron ganado en cantidad de la costa, especialmente de Lima; entonces los mistis comenzaron a quitar a los indios sus chacras de trigo para sembrar alfalfa. Pero no fue suficiente, de la costa pedían más y más ganado. Los mistis que llevaban reses a la costa volvían plátudos. Y casi se desesperaron los principales; se quitaban a los indios para arrancarles sus terrenos e hicieron sudar otra vez a los jueces, a los notarios, a los escribanos. Entre ellos también se trompearon y abalearon muchas veces. ¡Fuera trigo!, ¡fuera cebada!, ¡fuera maíz!, ¡alfalfa! ¡alfalfa!, ¡fuera indios! (p. 28).

Para Lima arreaban los principales, los cientos de novillos que hacían engordar en los alfalfares de la quebrada; para Lima eran los quintales de lana que los vecinos juntaban en las punas a látigo y bala; para Lima eran las piaras de mulas que salían de las minas de papacha don Cristian. De Lima llegaban las ruedas de cigarros finos y ordinarios que colgaban de todos los mostradores de las tiendas; de Lima llegaban las telas que llenaban los armarios de los comerciantes, de Lima venían las ollas de hierro, el azúcar, los jarros y los platos de porcelana, las botellas, las cintas de color, los confites, la dinamita, los fósforos. (p. 63)(8)

Con las ganancias obtenidas varios de los principales vecinos construyeron casas grandes y hermosas, importaron pianos de Alemania y muebles Luis XV de Francia. Además, sedas, casimires, cerveza, ostras. Aprendieron a "vivir bien". Hablaban perfectamente el quechua y muchos de los "gringos" lo aprendieron sin dificultad. Era indispensable conocer la lengua de los indios para que los negocios florecieran. Los ciudadanos capaces de votar eran sólo los "mayores contribuyentes". Los indios, en consecuencia, estaban excluidos de la más mínima participación en las decisiones políticas. Compartiendo la misma situación productiva, económica y social, los señores estaban sin embargo profundamente divididos en dos grupos de interés, disputando los puestos de Alcalde y Subprefecto. Para lograrlos era inevitable la alianza con las clases que controlaban el país y requerían, por eso, del "paraguas político" del Ministro del Interior y los diputados y senadores del Departamento y la Provincia. Don Nicasio Arangoitia, era el

8. Estos textos, me dieron la pista a seguir para estudiar de cerca al proceso histórico de articulación del capitalismo y el no-capitalismo. Los resultados aparecen en el libro citado en la nota 2.

ejemplo mayor de esta estructura de poder regional. Fue el terrateniente, ganadero y comerciante de mayor fortuna y llegó a ser Diputado Nacional durante once años en el período de Leguía entre 1919 y 1930. Fue el intermediario mayor de las grandes empresas comerciales extranjeras con filiales en Lima, propietario de una recua de doce mulas para el transporte de las mercaderías desde el Puerto de Lomas, a 550 kilómetros al sur de Lima, por viejas y nuevas rutas de arrieros.

Los indios dividían su lealtad a los señores terratenientes a cambio de la protección que éstos les ofrecían frente a los abusos de otros terratenientes y las autoridades aliadas a ellos. Siervos, los menos, semisiervos y parcelarios peones temporales, los más, agrupados en sus comunidades, los campesinos indios cargaban con el peso mayor del trabajo agropecuario. En sus ayllus, encontraron el modo práctico de organización colectiva y mínima solidaridad para hacerle frente a los terratenientes dentro de esa estructura colonial de dominación-resistencia y adaptación.

Los terratenientes vivían autoconvencidos de su superioridad racial y cultural sobre los indios y encontraron las formas necesarias para convencer a los indios de su aparente inferioridad.

La riqueza social del mundo andino en la novela.

Entre los múltiples aspectos de la vida social en los Andes peruanos que aparecen directa o indirectamente en la novela, tomaré cuatro.

1. La tradición cultural realmente compartida por mistis-terratenientes e indios campesinos.

Los terratenientes se refieren a los indios con términos siempre despectivos y tremendamente duros. Les llaman "estúpidos", "salvajes", "ganado", "porquería", "cerdos" y los consideran siempre "desvalidos". Frente a los aparentemente "salvajes" adoptan la postura fácil de los hombres "superiores" con la "misión de civilizar". Ante el Subprefecto costeño ofrecen la imagen de estar lejos y por encima de los indios. Sin embargo, en los hechos, su conducta es distinta. En la novela, corresponde al "chalo" comerciante Pancho Jiménez el papel desmitificador de esa conducta ambigua:

Señor Subprefecto, llamo don Pancho desde lejos, capaz he faltado a la autoridad pero no es para que se arrimen y me empujen a la puerta. Don Demetrio Cáceres es pues bien leído y se queda en Lima meses de meses; el Alcalde Antenor, don Jesús Gutiérrez, don Gregorio Palomino, don Jorge de La Torre... también son los más principales de Puquio. Pero valgan verdades, ante todo ellos gozan, igual que nosotros en las corridas de Pich'achuri; se ríen con toda la boca cuando el toro retacea el pantalón de un indio borracho, ¿Acaso No?. Todos nos hemos criado a iguales en este pueblo, pero ellos entienden primero a la autoridad. ¡Quién pues no va a obedecer al gobierno! Pero este año K'ayau va a traer al Misitu y hay apuesta de dos barrios; corrida grande va a ser, por

eso no más he rogado y otros también. Pero obedeciendo a la autoridad todos somos obedientes, señor Subprefecto y no hay para que estar rabiando. (p. 46)

—¿Y don Antenor?

—¡Para qué sirve ese señor! No es verdadero, su alma en Lima pero su panza en Puquio, es un maldecido. (p. 59).

El propio Julián Arangüena expresa lo mismo:

...A mí no me importa que el gobierno mande que los indios no se metan a capear en las corridas. El Presidente de ahora tendrá pues buen corazón... allí está don Antenor; siempre compra dos, tres arrobas de cañazo para emborrachar a los Pichk'achuris y hacerlos entrar a la plaza, para que los toros hagan su degolladero. ¡Y ante la autoridad refriega sus manos como un santo! (p. 86).

En los Andes peruanos, indios y mistis comparten una lengua común. Pero la lengua no sirve sólo para las transacciones comerciales o para asegurar la mano de obra. Sirve también para expresar sentimientos y es notable cómo mistis e indios cantan canciones en quechua para expresar sus emociones más sentidas. Aparece aquí una gran paradoja de esta estructura étnica y de clases, fruto de la dominación colonial: los grandes señores expresan sus mayores sentimientos en la lengua de los vencidos⁹. Las fiestas de indios divertían y divierten a los grandes señores. Prisioneros de esa tradición compartida, los propios mistis pidieron ante el fracaso del torero español que entraran a torear los indios:

Entonces el mismo don Antenor, el Alcalde, gritó de repente, saltando de su asiento:

—¡Que entre el 'honrao' carajo!

—¡Que entre el Tobias! —gritó don Félix de La Torre.

—¡Que entre el Hualpa!

—¡El K'enchó! (p. 135).

Puesto de lado todo el discurso "civilizado" y "civilizador", por la emoción compartida de ver a los toreros indios:

¿Ve Ud. Señor Subprefecto? Estas son nuestras corridas el yawar punchau verdadero —le decía el Alcalde al oído de la autoridad. (p. 136).

Don Antenor dice bien "nuestras corridas" y Arguedas concluye la novela con esa frase.

Los migrantes, estudiantes rebeldes, obreros y empleados son, igualmente, prisioneros de la misma ambigüedad y la misma "mala conciencia" que los vecinos principales. Su vocación de redentores y civilizadores de otro tipo desaparece

9. Un análisis más detallado de esta paradoja puede encontrarse en el libro citado en la nota 2.

también cuando constatan que los indios habían sido capaces de enlazar al Misitu y en la emoción profunda de vivir esa epopeya afirman su identidad pidiendo el derecho de poder jalar la sogá del Misitu:

Cuando pasaron los arrastradores y el toro, apareció llenando el camino, la tropa grande, los K'ayaus. Todos los 'chalos' saltaron al camino.

- Taytay Alcalde está bien.
- ¡Viva el ayllu K'ayau, hermano!
- ¡Qué viva!

Corrieron. Los K'ayaus se pararon en seco.

- ¡Escobarcha soy, Alcalde!
- ¡Martinischa, K'ollana!
- ¡Guzmán, Chaupi!
- ¡Vargas, Pichk'achuri!
- ¡Rodríguez, Chacralla!

El estudiante abrazó al varayok Alcalde.

- Esta bin tayta! ¡kayau es ayllu grande, siempre!

Los otros mestizos abrazaron a los comuneros, sin escoger.

A Martínez le tocó el Raura. Se reconocieron.

- Mak'ta Raura
- Taytay Martínez

Y se abrazaron largo rato.

- ¡Vamo, vamo!, gritó Escobar. (p. 116-117).

Otra frase expresada por Escobar, el estudiante rebelde tiene el inequívoco sentido de la tradición cultural compartida:

- Cuando supe que K'ayau iría por el Misitu tuve pena y rabia. Sería un degolladero de indios. Pero ahora que vamos en alcance del Ayllu, quisiera gritar de alegría. (p. 114).

2. El cuestionamiento del Omnimodo poder de los terratenientes.

En otro texto(10) me he referido al encuentro de la literatura y la política de Arguedas, a través de sus "presentimientos". En *Los ríos profundos*, Arguedas mostró su presentimiento sobre las luchas campesinas que viviría el país en los años sesenta, relatando una sublevación de las mujeres chicheras de Abancay. Más tarde en su poema a Túpac Amaru, escribió, en versos muy hermosos, su presentimiento de las luchas urbanas que partiendo de los pueblos jóvenes (barriadas) irían envolviendo la ciudad de los "wirak'ochas", de los vencedores, hasta ocuparla, para ganar la libertad. En *Yawar Fiesta*, Arguedas imagina el enfrentamiento de los estudiantes rebeldes, los obreros y empleados de origen indio con los grandes gamonales explotadores de su provincia.

La década 1920-1930 representa en América Latina y en el Perú, particular-

10. "José María Arguedas y su lección de peruanizar el Perú", en *Quehacer*, 2, Lima, noviembre-diciembre, 1979.

mente, la entrada en la escena política de las capas medias para anunciar una revolución. Haya de la Torre formuló el proyecto político de la revolución nacional dirigida por las clases medias. La rebeldía juvenil de los estudiantes se expresó en el APRA, el partido fundado por Haya y tuvo un camino distinto en el proyecto socialista de José Carlos Mariátegui. Más allá de las diferencias profundas entre los proyectos de Haya y Mariátegui, los estudiantes asumieron una conducta política de franca rebeldía contra el orden establecido de las dictaduras burguesas. El aire político que los estudiantes respiraban en esos años, aparece con claridad en *Yawar Fiesta*:

Quando terminó la sesión, Escobar se levantó de su asiento y se dirigió junto al retrato de Mariátegui, empezó a hablarle, como si el cuadro fuera otro de los socios del 'Centro Unión Lucanas':

—Te gustará Werak'ocha lo que vamos a hacer. No has hablado por gusto, nosotros vamos a cumplir lo que has dicho. No tengas cuidado Tayta. Nosotros no vamos a morir antes de haber visto la justicia que has pedido. Aquí está Rodríguez, comunero de Chacralla, aquí estamos los cholos Córdova, Vargas, Martínez, Escobarcha; estamos en Lima; hemos venido a saber desde donde apoyan a los gamonales, a los terratenientes; hemos venido a medir su fuerza. Por el camino de los Ayllus hemos llegado.

¡Si hubieras visto esa faena (de construcción de la carretera Nazca Puquio) Tayta, capaz hubieras ganado tus piernas y tu sangre. Si hubieras conocido Puquio. Pero nuestro 'Obispo' te va a tocar un wayno lucana y nosotros vamos a cantar para ti, como juramento. ¡Ya, Monseñor!. (p. 75)

...Y el día que maten a todos los auquis (dioses montaña) que atormentan sus conciencias, el día que se conviertan en lo que nosotros somos ahora, en "chalos renegados" como dice Don Julián, llevaremos a este país hasta una gloria que nadie calcula. (p. 115).

Son estos estudiantes rebeldes y los obreros de origen indio los que tienen el coraje suficiente para enfrentar a los gamonales, particularmente a don Julián Arangüena:

—¿Y Ud. cree don Julián que los escolares son brutos como Ud.? Escobar habló en voz alta, antes de que el Subprefecto contestara y como para dar valor a todos.

—¡No te acuerdas pues de tus tiempos Escobarcha! —contestó don Julián. Tú, seguro te hubieras zurrado de miedo, pero los muchachos de ahora tienen pantaloncitos...

—Usted don Julián es un gamonalcito de porquería ¡Nada más!

Hablando, hablando, el chofer Martínez se abrió campo, desde atrás, y salió hasta ponerse junto al Subprefecto.

—¡Un ladrón que se anda libre en las calles!

Don Julián pestañeó. ¿Quién, carajo, le había dicho eso en Puquio?. Su lunar se redondeó, el corazón le pesaba como plomo, le ardía. (p. 110).

Nunca antes los terratenientes habían sido tratados así por nadie, menos aún don Julián:

- Don Antenor se fue con los vecinos más notables. Hablaban.
 —Ese Escobarcha es sospechoso. ¿No pensará levantar a la india?
 Que golpe le ha dado a don Julián.
 —Estos cholos leídos son de peligro.
 —El gobierno no debiera consentir que entren a la Universidad.
 —Así el país anda sobre candela
 —Tendremos que buscar la forma de reventarlo.
 —Y es vivo ese Escobarcha, se ha embolsillado al Subprefecto. (p. 112).

Este enfrentamiento imaginado por Arguedas en 1940 es parte de la realidad peruana hoy. Los campesinos arreglaron cuentas con los terratenientes, recuperando sus tierras y echándolos de las haciendas. Su "presentimiento" tenía razón pero sólo en parte. Serían los mismos campesinos y no necesariamente los estudiantes los que "arreglarían cuentas" con los gamonales. Diez años después de haber escrito la novela el propio Arguedas reconoció que los estudiantes son "engullidos" después, por las mismas fuerzas que tratan de combatir:

...el estudiante...tipo generalmente mesiánico cuya alma arde entre el amor y el odio; este elemento humano tan noble, tan tenaz, tan abnegado, que luego es engullido por las implacables fuerzas que sostienen el orden social contra el cual se laceró y gastó su aliento. (p. 11)

3. El discurso civilizador del Estado y su práctica contraria.

Los gobiernos republicanos en el Perú heredaron de la vieja monarquía española un viejo discurso "civilizador". Para liquidar a los dioses de los vencidos considerados como falsos, la monarquía ordenó la extirpación de idolatrías. En los tiempos de la conquista y la colonia "civilizar" era sinónimo de evangelizar y cristianizar. Tres siglos después, ya lograda la evangelización masiva en los Andes, la tarea de civilizar cambió de contenido para definirse a través del concepto clave de la ideología burguesa del cambio: el "progreso".

Con el verbo "prohibir" se traduce claramente el espíritu de la legislación republicana sobre los pueblos andinos. Dominar y prohibir van siempre juntos. Cuando Túpac Amaru se rebeló a fines del siglo XVIII, la corona prohibió que los indios hablaran su lengua, pero esa lengua ha resistido muchas agresiones y está aún viva. Después, a fines del XIX y comienzos del XX se dieron múltiples decretos para prohibir las danzas de tijeras, que hoy son algo así como un orgullo nacional, para prohibir el uso de la Bandera Nacional en las carpas que los indios levantaban en sus fiestas del agua e incluso las representaciones teatrales de los Reyes Magos en los atrios de la iglesia. Los encargados de hacer cumplir las leyes eran los Subprefectos y sus autoridades subordinadas. ¿Quiénes eran estos Subprefectos? Eran hombres dispuestos a todo para lograr una fácil fortuna valiéndose del cargo. En la novela dice el Subprefecto:

Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar
 Copia para uso académico y personal prohibida su reproducción

¡Pueblos como de otro mundo!. Sólo la necesidad, la plata, puede traerlo a uno a sufrir esta cochinateda...mire que cielo para feo, qué pueblo más triste. A veces se me pone el humor entre estos cerros. Y pura aulladera de perros, y cuando no los perros esos cuernos que los indios tocan como para día de difuntos; o sino el viento que grita en la calamina. ¡Es una vaina! (p. 56-57)

Cuando entró a su despacho, las dos velas del candelero flameaban humildes, lamiendo el aire, al otro extremo de la sala. El retrato del Presidente parecía temblar tras de esa luz.

—¡Si tú estuvieras aquí! ¡Desgraciado!.

Y el Subprefecto avanzó a tranco largo, hacia la cabecera del salón. (p. 62).

Sin escrúpulo alguno la autoridad recibe un caballo de regalo de los terratenientes que le manifiestan su apoyo "para civilizar a este pueblito atrasado" y, en otro momento, les pide un pequeño préstamo de 1,500 soles. Los vecinos principales saben muy bien que el Subprefecto "es un hambriento", pero felizmente conocemos el débil del iqueño: cuestión de realitos. (p. 112).

Con "civilizadores" como éste no resulta difícil constatar los resultados de su acción. La documentación histórica recogida en la Municipalidad Provincial de Lucanas reafirma y ratifica lo que Arguedas dice de estas autoridades. Citaré sólo un ejemplo: el del Subprefecto que ordenó a un Sargento de la Guardia Civil ir a las punas del distrito de Cabana a "recoger" 90 carneros, "para la autoridad", y que luego los vendió a uno de los comerciantes en ganado de la región.

4. La identidad colectiva de los indios.

El personaje indios más importante de la novela es el *ayllu*, la comunidad como unidad social colectiva. Aún hoy, es posible constatar sin dificultad el carácter colectivo de la identidad de los campesinos indios. El indio dice "soy K'ollana"; es decir, soy comunero del ayllu de K'ollana. Sólo después menciona su nombre y apellidos. En la novela, Arguedas muestra su profundo entusiasmo por la fuerza colectiva de los indios en sus *ayllus*. Celebra su coraje y decisión para construir la carretera de Nazca a Puquio en 20 días. A simple vista, parece toda una exageración afirmar que diez mil indios de los ayllus de toda la provincia de Lucanas hayan construido 159 kilómetros de carretera en 20 días bajo la dirección de un cura con vocación de ingeniero civil. Reconstruí la historia de esa carretera y pude verificar con documentos y testimonios directos que todo lo que Arguedas contó fue históricamente cierto.

Los comuneros constituyen la fuerza de trabajo organizada para la construcción de canales de riego, escuelas, parques, muros de estancias de pastoreo. Sin su capacidad colectiva para el trabajo, muy poco habría de edificios y obras en Puquio.

Arguedas individualiza a las personas sólo para nombrar a los toreros indios y referirse a una u otra autoridad india. Para el resto, se trata simplemente de los ayllus. El entusiasmo de Arguedas por los indios de los ayllus de Puquio aparece con toda nitidez en la dedicatoria de su poema Himno-canción a Túpac Amaru, en 1964:

A doña Cayetana, mi madre india,, que me protegió con sus lágrimas y su ternura, cuando yo era un niño huérfano alojado en una casa hostil y ajena. A los comuneros de los cuatro ayllus de Puquio en quienes sentí por vez primera, la fuerza y la esperanza.